

habia parecido á todos conveniente hacer una paz general; y concurriendo de toda la Grecia embajadores á Lacedemonia para ajustar los tratados, fue uno de estos Epaminondas, varon insigne por su educacion y su sabiduria; pero que no habia dado todavía pruebas de su pericia militar. Como viese pues que todos los demas deferian á Agesilao, él solo manifestó con libertad su dictámen, haciendo una proposicion útil, no á los Tebanos, sino á la Grecia: pues les manifestó que con la guerra crecia el poder de Esparta, cuando todos los demas no sentian mas que perjuicios; y los inclinó á que fundaran la paz sobre la igualdad y la justicia: porque solo podría ser duradera quedando todos iguales.

Observando Agesilao que todos los Griegos le habian oido con gusto, y adherian á él, le preguntó, ¿si creia justo y equitativo que la Beocia quedase independiente? y repreguntándole Epaminondas con gran prontitud y resolucion, ¿si tenia él por justo quedara independiente la Laconia? levantándose Agesilao con enfado, le propuso que dijera terminantemente si dejarian independiente la Beocia. Volvió otra vez Epaminondas á replicarle, ¿si dejarian independiente á la Laconia? con lo que se irritó Agesilao, de manera que aprovechando la ocasion borró de los tratados el nombre de los Tebanos, y les declaró la guerra: diciendo á los demas Griegos, que avenidos ya entre sí, podian retirarse, en el concepto de que por lo que pudiera aguantarse regiria la paz, y lo que pareciese insufrible se quedaria á la decision de la guerra; pues que era sumamente dificultoso aclarar y concertar todas las desavenencias. Hallábase casualmente por aquel tiempo Cleombroto con su ejército en la Focide, y los Eforos le enviaron al punto orden de que marchase con sus tropas contra los Tebanos. Convocaron tambien á los aliados; y aunque con disgusto, por hacérseles muy

molesta la guerra, acudieron sin embargo en gran número, porque todavía no se atrevian á contradecir ó disgustar á los Lacedemonios. Hubo muchas señales infaustas, como dijimos en la vida de Epaminondas; y aunque Protoo el Esparciata se opuso á la expedicion, no cedió Agesilao, sino que llevó adelante la guerra, con la esperanza de que habiendo quedado fuera de los tratados los Tebanos, al mismo tiempo que toda la Grecia gozaba de la independencia, habia de ser aquella la oportunidad de vengarse de ellos; pero la oportunidad lo que declaró fue que en decretar aquella expedicion tuvo mas parte la ira que la reflexion y el juicio: porque en el día catorce del mes Esquiroforion se hicieron los tratados en Lacedemonia y en el cinco del mes Hecatombion fueron vencidos en Leuctras: no habiendo pasado mas que veinte dias. Murieron mil de los Lacedemonios, y el Rey Cleombroto, y alrededor de él los mas alentados de los Esparciatas. Dícese que entre estos murió tambien Cleonumo, aquel joven gracioso hijo de Esfodrias; y que habiendo caido en tierra tres veces delante del Rey, otras tantas se volvió á levantar para combatir con los Tebanos.

Habiendo experimentado entonces los Lacedemonios una derrota inesperada, y los Tebanos una dicha y acrecentamiento de gloria, cuales nunca habian experimentado antes los Griegos peleando unos contra otros, no es menos de admirar y aplaudir por su virtud la ciudad vencida, que la vencedora. Y si, dice Genofonte, que de los hombres excelentes aun las conversaciones y palabras de que usan en medio del solaz y los banquetes tienen algo digno de recuerdo, en lo que ciertamente tiene razon: aun es mas digno de saberse y quedar en memoria lo que los hombres formados á la virtud hacen y dicen con decoro cuando les es contraria la fortuna. Porque ha-

cia la casualidad de que Esparta solemnizase una de sus festividades, y fuese grande en ella el concurso de forasteros con motivo de celebrarse combates gimnásticos, cuando llegaron de Leuctras los que traían la nueva de aquel infortunio; y los Eforos, aunque desde luego entendieron haber sido terrible el golpe, y que habían perdido el imperio y superioridad, ni permitieron que el coro se retirase, ni que se alterase en nada la forma de la fiesta; sino que enviando por las casas á los interesados los nombres de los muertos, ellos continuaron en el espectáculo, atendiendo al combate de los coros. Al día siguiente al amanecer, sabiéndose ya de público quiénes se habían salvado y quiénes habían muerto, los padres, tutores y deudos de los que habían fallecido bajaron á la plaza, y unos á otros se daban la mano con semblante alegre, mostrándose contentos y risueños; mas los de aquellos que habían quedado salvos, como en un duelo se mantenían en casa con las mugeres; y si alguno tenía que salir por necesidad, en el gesto, en la voz y en las miradas se mostraba humillado y abatido. Todavía se echaba esto mas de ver en las mugeres, observando á la madre que esperaba á su hijo salvo de la batalla, triste y taciturna; y á las de aquellos que se decía haber perecido, acudir al punto á los templos, y buscarse y hablarse unas á otras con alegría y satisfacción. Sin embargo de todo esto á muchos, luego que se vieron abandonados de los aliados, y tuvieron por cierto que Epaminondas, vencedor y lleno de orgullo con el triunfo, trataría de invadir el Peloponeso, les vinieron á la imaginación los oráculos y la cojera de Agesilao, propendiendo al desaliento y á la superstición, por creer que aquellas desgracias le habían venido á la ciudad á causa de haber desechado del reino al de pies firmes, y haber preferido á un cojo y lisiado; de lo que el oráculo les había avisado se guardasen

sobre todo. Mas aun en medio de esto, atendiendo al poder que había adquirido, á su virtud y á su gloria, todavía acudían á él, no solo como á Rey y General para la guerra, sino como á director y á médico en los demas apuros políticos, y en el que entonces se hallaban; porque no se atrevían á usar de las afrentas autorizadas por ley contra los que habían sido cobardes en la batalla, á los que llaman *medrosos*, temiendo por ser muchos y de gran poder que pudiesen causar un trastorno: pues á los así notados, no solo se les excluye de toda magistratura, sino que no hay quien no tenga á menos el darles, ó el tomar de ellos muger. El que quiere los hiere y golpea cuando los encuentra, y ellos tienen que aguantarlo, presentándose abatidos y cabizbajos. Llevan túnicas rotas y teñidas de cierto color; y afeitándose el bigote de un lado, se dejan crecer el otro. Era por lo mismo cosa terrible desear á tantos cuando justamente la ciudad necesitaba de no pocos soldados. Nombran pues legislador á Agesilao, el cual se presenta á la muchedumbre de los Lacedemonios; y sin añadir, quitar, ni mudar nada, con solo decir que por aquel día era preciso dejar dormir las leyes, sin perjuicio de que en adelante volvían á mandar, conservó á un tiempo á la ciudad sus leyes, y á aquellos ciudadanos la estimación. Queriendo en seguida borrar de los ánimos aquel temor y amilanamiento invadió la Arcadia; pero tuvo buen cuidado de no presentar batalla á los enemigos; sino que limitándose á tomar un pueblezuelo que pertenecía á los de Mantinea, y hacer correrías por sus términos, con esto solo alentó ya con esperanzas á la ciudad, y le volvió la alegría, no dándose por pérdida del todo.

Presentóse á poco Epaminondas en la Lacedemonia con los aliados, no trayendo menos de cuarenta mil hombres de infantería de línea, seguidos

ademas de tropas ligeras y de otros muchos desarmados para el pillage: de manera que al todo serian unos setenta mil los que invadieron el pais. Habríanse pasado á lo menos seiscientos años desde que los Dorios vinieron á poblar la Laconia, y despues de tanto tiempo entonces por la primera vez se vieron enemigos en aquella region, pues antes nadie se habia atrevido; mas ahora estos entraron incendiando y talando un terreno nunca antes violado ni tocado hasta el rio, y hasta la ciudad misma, sin que nadie los contuviese. Porque, segun dice Teopompo, no permitió Agesilao que los Lacedemonios pugnaran contra semejante torrente y tormenta de guerra; sino que esparciendo la infantería dentro de la ciudad por los principales puestos, aguantaba las amenazas y provocaciones de los Tebanos, que lo desafiaban por su nombre, y le llamaban á pelear en defensa de su patria, ya que era la causa de todos los males, por haber dado calor á la guerra. No menos que estos insultos atormentaban á Agesilao las sediciones y alborotos de los ancianos, que le daban en cara con tan tristes acontecimientos; y de las mugeres que no podian estarse quietas, sino que salian fuera de sí con el fuego y algazara de los enemigos. Afligiale ademas el punto de la honra, porque habiéndose encargado de la república floreciente y poderosa, veia conculcada su dignidad y ajada su vanagloria, de la que él mismo habia hecho gala muchas veces, diciendo que ninguna Laconia habia visto jamás el humo enemigo. Cuéntase asimismo de Antalcidas, que contendiendo con él un Ateniese sobre el valor, y diciéndole, nosotros os hemos perseguido muchas veces desde el Céfiso, le contestó, pues nosotros nunca hemos tenido que perseguiros desde el Eurotas. Por éste mismo término respondió á un Argivo uno de los mas oscuros Esparciatas: pues diciéndole aquel, muchos de vosotros reposan

en la Argolide, le replicó; para eso ninguno de vosotros en la Laconia.

Refieren algunos haber Antalcidas, que era á la sazón Eforo, enviado sus hijos á Citera, temeroso de aquel peligro; en el cual Agesilao, viendo que los enemigos intentaban pasar el rio y penetrar en la poblacion, abandonando todo lo demas, formó delante del centro de la ciudad y al pie de las alturas. Iba entonces el Eurotas muy caudaloso y fuera de madre por haber nevado; y el pasarlo les era á los Tebanos mas difícil todavía por la frialdad de las aguas, que por la rapidez de su corriente. Marchando Epaminondas al frente de sus tropas, se le mostraron algunos á Agesilao; y este, mirándole largo rato, poniendo una y otra vez los ojos en él, ninguna otra cosa dijo, segun se cuenta, sino lo siguiente: ¡qué hombre tan resuelto! Aspiraba Epaminondas á la gloria de trabar batalla dentro de la ciudad y erigir un trofeo; pero no habiendo podido atraer y provocar á Agesilao, levantó el campo y taló el pais de nuevo. En Esparta algunos ya de antemano sospechosos y de dañada intencion, como unos doscientos en número, se sublevaron y tomaron el Hisorio, donde está el templo de Diana, lugar bien defendido y muy difícil de ser forzado; y como los Lacedemonios quisieran ir desde luego á desalojarlos, temeroso Agesilao de que sobreviniesen otras turbaciones, mandó que todos guardasen sus puestos, y él envuelto en su manto con solo un criado se adelantó hácia ellos, gritándoles que habian entendido mal su orden; pues no les habia dicho que fueran á aquel puesto, ni todos juntos, sino alli, señalando distinto sitio, y otros á otras partes de la ciudad. Ellos, cuando lo oyeron, se alegraron, creyendo que nada se sabia, y separándose, marcharon á los lugares que les designó. Agesilao al punto mandó otros que ocuparan el Hisorio; y respecto de los sublevados, ha-

biendo podido haber á las manos unos quince de ellos, por la noche les quitó la vida. Denunciáronle otra conjuración todavía mayor de Eparciatas que se reunían y congregaban secretamente en una casa con designio de trastornar el orden; y teniendo por muy expuesto, tanto el juzgarlos en medio de aquellas alteraciones, como el dejarlos continuar en sus asechanzas, también á estos les quitó la vida sin formación de causa, con solo el dictámen de los Eforos, no habiéndose antes de entonces dado muerte á ningún Eparciata sin que precediese un juicio. Ocurrió también que muchos de los ascripticios é hilotes, que estaban sobre las armas, se pasaban desde la ciudad á los enemigos; y como esto fuese también muy propio para causar desaliento, instruyó á sus criados para que por las mañanas antes del alba fuesen á los puestos donde dormían, y recogiendo las armas de los desertores, las enterrasen, á fin de que se ignorara su número. Dicen algunos que los Tebanos se retiraron de la Laconia á la entrada del invierno, por haber empezado los Arcades á desertar y á escabullirse poco á poco; pero otros dicen que permanecieron tres meses enteros, y que asolaron y arrasaron casi todo el país. Teopompo es de otra opinión, diciendo, que resuelta ya por los Beotarcas la partida, pasó á su campo un Eparciata llamado Frixo, llevándoles de parte de Agesilao diez talentos por premio de la retirada: de manera que con hacer lo mismo que tenían determinado, aun recibieron un viático de mano de los enemigos.

No alcanzo como pudo ser que esta circunstancia se ocultase á los demas, y que solo llegase á noticia de Teopompo. En lo que todos convienen es en que á Agesilao se debió el que entonces se salvase Esparta, por haber procedido con gran miramiento y seguridad en los negocios, no abandonándose á la ambición y terquedad, que eran sus pasiones ingé-

nitás. Con todo no pudo hacer que la república convaliesciera de su caída, recobrando su poder y su gloria; sino que á la manera de un cuerpo robusto que hubiera usado constantemente de un régimen de sobria delicado y metódico, un solo descuido y una pequeña falta bastó para corromper el próspero estado de aquella ciudad, y no sin justa causa: por cuanto con un gobierno perfectamente organizado para la paz, para la virtud y la concordia, quisieron combinar mandos é imperios violentos, de los que no creyó Licurgo podia necesitar la república, para vivir en perpetua felicidad; y esto fue lo que causó su daño.

Desconfiaba ya entonces Agesilao de poderse poner al frente de los ejércitos á causa de su vejez; y su hijo Arquidamo con el socorro que de Sicilia le envió voluntariamente el tirano, venció á los Arcades en aquella batalla, que se llamó *la sin lágrimas*: porque no murió ninguno de los suyos, habiendo perecido muchos de los enemigos. Hasta entonces habian tenido por cosa tan usual y tan propia suya vencer á los enemigos, que ni sacrificaban á los dioses por la victoria, sino solamente un gallo de vuelta á la ciudad; ni se mostraban ufanos los que se habian hallado en la batalla, ni daban señales de especial alegría los que oían la noticia; y despues de la célebre batalla de Mantinea, escrita por Tucídides, al primero que trajo la nueva, el agasajo que le hicieron las autoridades fue mandarle del banquete comun una pitanza de carne, y nada mas; pero en esta ocasion, cuando despues de anunciada la victoria volvió Arquidamo, no hubo quien pudiera contenerse; sino que el padre corrió á él el primero llorando de gozo, siguiéndole los demas magistrados; y la muchedumbre de los ancianos y mugeres bajó hasta el río, tendiendo las manos, y dando gracias á los dioses porque Esparta habia borrado su afren-

ta, y volvía á lucirle un claro día: pues hasta este momento se dice que los hombres no habian alzado la cabeza para mirar á las mugeres, avergonzados de sus pasadas derrotas. Reedificada Mesena por Epaminondas, acudian de todas partes á poblarla sus antiguos ciudadanos, y no se atrevieron á disputarlo con las armas, ni pudieron impedirlo; mas indignábanse con Agesilao, porque poseyendo una provincia no menos poblada que la Laconia, ni de menor importancia, despues de haberla disfrutado largo tiempo la perdian en su reinado. Por lo mismo no admitió la paz propuesta por los Tebanos, no queriendo en las palabras reconocer como dueños de aquel pais á los que en la realidad lo eran; con lo que no solo no lo recobró, sino que estuvo en muy poco que perdiese á Esparta, burlado con un ardid de guerra. Porque separados otra vez los de Mantinea de los Tebanos llamaron en su auxilio á los Lacedemonios; y habiendo entendido Epaminondas que Agesilao marchaba allá, y estaba ya en camino, partió por la noche de Tegea sin que los Mantineenses lo rastreasen, encaminándose con su ejército á Lacedemonia; y faltó muy poco para que tomase por sorpresa la ciudad que se hallaba desierta, trayendo otro camino que el de Agesilao; pero avisado este por Eutimo de Tespias, segun dice Calistenes, ó por un Cretense segun Genofonte, envió inmediatamente un soldado de á caballo que lo participara á los que habian quedado en la ciudad, y él mismo volvió rápidamente á Esparta. Llegaron á poco los Tebanos, y pasando el Eurotas, acometieron á la ciudad, la que defendió Agesilao con un valor extraordinario fuera de su edad: porque no le pareció que aquel era tiempo de seguridad y precauciones como el pasado, sino mas bien de intrepidez y osadía, en las que antes no había confiado; pero á las que únicamente debió ahora

el haber alejado el peligro, sacándole á Epaminondas la ciudad de entre las manos, erigiendo un trofeo, y haciendo ver á los jóvenes y á las mugeres unos Lacedemonios que pagaban á la patria los cuidados y desvelos de su educacion. Entre los primeros á un Arquidamo, que combatia con el mayor ardimiento, y que pronto, por el valor de su ánimo y por la agilidad de su cuerpo, volaba por las calles á los puntos donde se hallaba mas empeñada la pelea, oponiendo por todas partes con unos pocos la mayor resistencia á los enemigos; y á un Isadas, hijo de Febidas, que no solo para los ciudadanos, sino aun para los enemigos fue un espectáculo agradable y digno de admiracion: porque era de bella persona y de grande estatura, y en quanto á edad se hallaba en aquella en que florecen mas los mocitos, que es cuando hacen tránsito á contarse entre los hombres. Este pues, desnudo de toda arma defensiva y de toda ropa, ungido con abundante aceite, salió de su casa, llevando en la una mano la lanza y en la otra la espada, y abriéndose paso por entre los que combatian, se metió en medio de los enemigos, hiriendo y derribando á cuantos encontraba, sin que nadie hubiese sido ofendido; ó porque algun Dios le protegiese, ó porque hubiese parecido mas que hombre á los enemigos. Por esta hazaña se dice que los Eforos primero le coronaron, y luego le impusieron una multa de mil dracmas, en castigo de haberse atrevido á salir á batalla sin las armas defensivas.

Al cabo de pocos dias tuvieron otra batalla junto á Mantinea; y cuando Epaminondas llevaba ya de vencida á los primeros, y aun acosaba, y seguia el alcance, el Espartano Anticrates pudo acercársele, y le hirió de un bote de lanza, segun lo refiere Dioscorides: aunque los Lacedemonios llaman todavía *Macarenos* en el dia de hoy á los descendientes de Anticrates, dando á entender que lo hirió con la es-

pada, á la que los Griegos dicen *macaira*. Porque fue tanto lo que le admiraron y aplaudieron por el miedo de Epaminondas si viviera, que le decretaron grandes honores y presentes, y á su descendencia le concedieron exencion de tributos, la que aun disfruta en nuestros dias Calicrates uno de sus descendientes. Despues de esta batalla y de la muerte de Epaminondas hicieron paz entre sí todos los Griegos; pero Agesilao excluyó del tratado á los Mesenios, porque no tenian ciudad. Admitiéronlos los demas, y les tomaron el juramento; y entonces se apartaron los Lacedemonios, quedando ellos solos en guerra, por la esperanza de recobrar á Mesena. Pareció pues Agesilao á todos con este motivo hombre violento, terco y viciado en la guerra; pues socavaba y destruia por todos los medios posibles la paz general, no obstante verse reducido, por falta de caudales, á molestar á los amigos que tenia en la ciudad, á tomar dinero á logro, y á exigir contribuciones; cuando debiera hacer cesar los males de la república, pues que la ocasion le brindaba, y no perder un poder y autoridad que habia venido á ser tan grande, y las ciudades amigas, la tierra y el mar, por solo el empeño de querer recobrar á viva fuerza las posesiones y tributos de Mesena.

Desacreditóse todavia mucho mas poniéndose á servir al Egipcio Taco; pues no creian digno de un varon que era tenido por el primero de la Grecia, y que habia llenado el mundo de su fama, entregar su persona á un bárbaro, rebelde á su Rey, y vender por dinero su nombre y su gloria, pasando plaza de mercenario, y de caudillo de gente colecticia. Pues si siendo ya de mas de ochenta años, y teniendo el cuerpo acribillado de heridas, hubiera vuelto á tomar aquel decoroso mando por la libertad de los Griegos, aun no habria sido del todo irrepreensible su ambicion y el olvido de sus años: porque aun para lo

honesto y bueno deben ser propios el tiempo y la edad; y en general lo honesto en la justa medianía se diferencia de lo torpe; pero de nada de esto hizo cuenta Agesilao, ni creyó que habia cargo ninguno público que debiera desdeñarse al par de vivir en la ciudad, y esperar la muerte estando mano sobre mano.

Recogiendo pues gente estipendiaria con fondos que Taco puso á su disposicion, y embarcándola en trasportes, dió la vela, llevando consigo, como en años pasados, treinta Esparciatas en calidad de consejeros. Luego que aportó al Egipto, se apresuraron á ir á la nave los primeros generales y oficiales del Rey para ofrecérsele: siendo ademas grande la curiosidad y expectacion de todos los Egipcios por la nombradía y fama de Agesilao: asi es que todos corrieron á verle. Mas luego que no advirtieron ninguna riqueza ni aparato, sino un hombre anciano, tendido sobre la yerba en la orilla del mar, pequeño de cuerpo, y sin ninguna distincion en su persona, enuelto en una mala y despreciable capa, dióles gana de reir y de burlarse, repitiendo lo que dice la fábula: el monte estaba de parto, y parió un raton; pero todavia se maravillaron mucho mas de lo extraño de su porte, cuando habiéndole traído y presentado diferentes regalos, recibió la harina, las terneras y gansos, apartando de sí los pasteles, los postres y los unguentos. Hiciéronle ruegos é instancias para que los recibiese, y entonces dijo á los que los traían que los entregaran á los hilotes. Lo que dice Teofrasto haber sido muy de su gusto fue el papel de que hacian coronas, por lo ligero de estas; y que por tanto lo pidió y alcanzó del Rey al disponer su regreso.

Reunido con Taco, que se hallaba disponiendo los preparativos de guerra, no fue nombrado General de todas las tropas, como lo habia esperado, si-

no solo de los estipendiarios; y de la armada naval Cabrias Ateniese, siendo Generalísimo de todas las fuerzas el mismo Taco. Esto fue ya lo primero que mortificó á Agesilao, á quien incomodó además el orgullo y vanidad de aquel Egipcio; mas fué preciso sufrirlo, y con él se embarcó contra los Fenicios, teniendo que obedecerle y aguantarle, muy contra lo que pedían su dignidad y su caracter, hasta que se le presentó ocasion. Porque Nectanebo, que era sobrino de Taco, y que á sus órdenes mandaba parte de las tropas, se le rebeló, y declarado Rey por los Egipcios, envió á rogar á Agesilao que tuviera á bien auxiliarle; é igual súplica hizo á Cabrias, prometiendo á ambos magníficos presentes. Entendiólo Taco, y como les hiciese tambien ruegos, Cabrias tentó el conservar á Agesilao en la amistad de Taco, persuadiéndole y dándole satisfacciones; pero Agesilao le respondió de esta manera: «á tí, ó «Cabrias, que has venido aqui por tu voluntad, te «es dado obrar segun tu propio dictamen; mas yo «he sido enviado como General á los Egipcios por «la patria, y no puedo por mí hacer la guerra á «aquellos mismos en cuyo auxilio he venido, si de «la misma patria no recibo otra orden.» Dicho esto envió á Esparta mensageros que acusasen á Taco, é hiciesen el elogio de Nectanebo. Tambien los enviaron estos para negociar con los Lacedemonios, el uno como aliado y amigo de antemano, y el otro como que les seria mas agradecido y mas dispuesto á servirlos. Los Lacedemonios, oidas las embajadas, á los Egipcios les respondieron en público que lo dejaban todo al cuidado de Agesilao; pero á este le contestaron que viera de hacer lo que mas util hubiera de ser á Esparta. Con esta orden tomó consigo á sus estipendiarios, y se pasó á Nectanebo, valiéndose del pretexto de la utilidad de la patria para cubrir una accion fea y reparable: pues quitado este

velo, el nombre que justamente le convenia era el de traicion. Los Lacedemonios, dando á lo que es util á la patria el primer lugar en lo honesto, ni saben ni aciertan tener por justo, sino lo que es en aumento de Esparta.

Abandonado Taco de los estipendiarios, huyó; pero de Mendeto salió contra Nectanebo otro que fue declarado Rey; y allegando cien mil hombres, se presentó en la palestra. Mostrábase confiado Nectanebo, diciendo que aunque aparecia grande el número de los enemigos eran gente colecticia y menestral, despreciable por su indisciplina; pero Agesilao le respondió que no era el número lo que temia, sino aquella misma indisciplina é impericia que hacia muy difícil el poderlos engañar. Porque los engaños obran por medio de una cosa extraordinaria en el ánimo de los que se preparan á defenderse con conocimiento y esperanza de lo que ha de suceder; pero el que ni espera ni medita nada, no da asidero á que se le haga ilusion, asi como en la lucha no presenta flanco por donde entrarle el que no se mueve; y á este tiempo envió tambien el Mendeseio quien explorara á Agesilao. Temió pues Nectanebo, y previniéndole Agesilao que diera cuanto antes la batalla, y no creyera que podia pelear con el tiempo contra hombres inegercitados en la guerra, que con el gran número podrian envolverle, tenerle cercado, y anticipársele en muchas cosas, concibió mayor sospecha y miedo contra él, y se retiró á una ciudad ventajosamente situada y rodeada de murallas en una gran circunferencia. Sintió vivamente Agesilao, y llevó muy á mal que se desconfiara de él; pero causándole vergüenza el haberse de pasar segunda vez á otro, y retirarse al fin sin hacer nada, siguió y se encerró tambien dentro de aquel recinto.

Acercándose los enemigos, y formando trincheras para poner el sitio, concibió otra vez miedo el

Egipcio, y queria salir á darles batalla, en lo que estaban muy de acuerdo con él los Griegos, porque en aquel terreno se carecia de víveres; pero como Agesilao no viniese en ello, y antes mostrase resistencia, era todavía mas insultado y denostado de los Egipcios, que le llamaban traidor al Rey. Sufria con gran paciencia estas calumnias, teniendo puesta su atencion en el momento en que podria usar de su inteligencia en el arte de la guerra, lo que era de este modo. Habíanse propuesto los enemigos hacer un foso profundo alrededor de las murallas, para dejarlos enteramente encerrados. Pues cuando ya los dos extremos de la zanja estaban cerca, yéndose á buscar el uno al otro para ceñir en círculo á la ciudad, esperando que llegara la noche, y dando orden de que se armasen á los Griegos, se fue para el Egipcio: » y esta es, le dijo, ó joven, la ocasion » que para no malograrla, no he querido anunciar » hasta que ha llegado. Los enemigos mismos han pro- » visto á vuestra seguridad con sus manos abriendo » este foso, del cual la parte ya hecha es un impe- » dimento para su gran número, y la parte que res- » ta, nos da la proporcion de pelear con una exacta » igualdad contra ellos. Ea pues, muéstrate ahora » varon esforzado, y cargando impetuosamente con » nosotros, sálvate á tí mismo y salva al ejército: » pues los enemigos que tendremos al frente no nos » resistirán; y los otros, á causa del foso no podrán » ofendernos." Maravillóse Nectanebo de la prevision de Agesilao, y puesto en medio de los Griegos, acometió y rechazó facilmente á los que se le opusieron. Cuando una vez tuvo ya Agesilao dócil y obediente á Nectanebo, lo condujo segunda vez á usar, como de una misma treta en la palestra, del mismo ardid con los enemigos. Porque ora huyendo y apareciéndose, y ora haciendo como que los perseguía, atrajo aquella muchedumbre á un sitio en que habia una

gran profundidad, rodeada de agua por uno y otro lado. Cerrando pues el medio, y ocupándolo con el frente de su batalla, arrojó sobre la muchedumbre á los enemigos que quisieron pelear, viendo que no tenian medio de envolverle y cercarle: asi murieron muchos, y los que pudieron huir se dividieron y dispersaron.

Desde entonces empezaron ya los negocios del Egipcio á ir en bonanza, y á ofrecer seguridad; por lo que mostrándose aficionado y reconocido á Agesilao, le rogaba que aguardase todavía, y pasase con él el invierno; pero Agesilao se propuso marchar á la guerra en que se veia la patria, sabedor de que esta se hallaba sin recursos, y tenia á su sueldo tropas extranjeras. Despidióle pues aquel con el mayor aprecio y agasajo, haciéndole las mayores honras y magníficos presentes, y dándole para la guerra doscientos y treinta talentos. Mas levantóse una recia tempestad, por la que volvió á tierra con sus naves, y arrojado á un punto desierto del Africa, al que llaman el puerto de Menelao, alli falleció: habiendo vivido ochenta y cuatro años, y reinado en Esparta cuarenta y uno; de los cuales por mas de treinta fue tenido por el varon mayor y mas poderoso de la Grecia, y casi reputado General y Rey de toda ella hasta la batalla de Leuctras. Era costumbre de los Espartanos que cuando los particulares morian en tierra extraña quedaran y se enterraran alli sus cadáveres; y que los de los Reyes fuesen llevados á Lacedemonia: asi los Esparciatas que se hallaron presentes barnizaron con cera el de Agesilao, á falta de miel, y lo condujeron á Esparta. El trono le ocupó su hijo Arquidamo, y permaneció en su descendencia hasta Agis, á quien por tratar de restablecer el antiguo Gobierno, dió muerte Leonidas: siendo este Agis el quinto despues de Agesilao.